

que se desarrollan, y tiene su origen en el instinto de combatir, el cual se nota lo mismo en el juego que en las luchas más serias de los niños y de los animales jóvenes. Es un sentimiento que domina á los niños, y al reunirse estos se ve constantemente la facilidad con que se excitan á la pelea; muchos niños que dejados á sí mismos serían relativamente inactivos son excitados al enérgico esfuerzo por ese estímulo.

La rivalidad se manifiesta de varias maneras. En algunas de sus formas es antisocial, mientras que en otras no lo es apenas. En la actividad de los niños entra por mucho el espíritu de competencia aunque no se haya desarrollado antagonismo alguno. Esta observación es aplicable á muchas cosas que los niños hacen por el estímulo del ejemplo; pues cuando el niño prueba á hacer algo que otro está haciendo, lo que procura principalmente es ganar una victoria contra su competidor más bien que probar su propia habilidad para hacer lo mismo que él. Entonces el sentimiento es de ambición personal, con el impulso de la rivalidad en su fondo; y otro tanto puede decirse que sucede en los períodos siguientes de la vida.

El referido sentimiento resulta más distinto, y se manifiesta mejor que es antisocial, en aquellas situaciones de verdadera lucha en que se procura directamente la dominación. Cuando la lucha es corporal, como en las riñas, el sentimiento de la rivalidad llega á su máximo, sosteniéndolo é inflamándolo la pasión de la cólera. En contiendas amistosas de fuerza ó habilidad el sentimiento es más puro, pues no lo acompaña la cólera; pero la tendencia antisocial se nota, sin embargo, en que el triunfo induce naturalmente á jactarse de la victoria, mientras que la derrota esconde algunas veces el germen del odio. En luchas más prolongadas, como las

de la escuela, observamos comunmente que la competencia tiende á fomentar sentimientos hostiles entre los rivales; y así todas las contiendas, según lo denota su nombre, se aproximan al estado de hostilidad.

En la práctica de la educación, el modo de tratar dicho sentimiento ofrece dificultades peculiares; es tan fuerte incentivo para el esfuerzo mental y corporal, y lo inducen tan directamente las circunstancias de la escuela, que el maestro no puede prescindir de tomarlo en consideración, ni en realidad debe procurarlo. El sentimiento aludido es uno de los más hondamente radicados y de los más necesarios, pues se le halla en el origen de la mayor parte de los actos humanos; por lo cual se justifica que el maestro lo utilice, dentro de ciertos límites.

Siendo la rivalidad un sentimiento antisocial requiere la atenta vigilancia del educador, á fin de que no llegue á convertirse en hostilidad y permanente antipatía; y esto se refiere especialmente á las escuelas, donde la reunión de muchos alumnos ofrece más ocasiones para que se desarrolle ese sentimiento. El sistema de dar premios tiene el gran inconveniente de tender á desarrollar con exceso las rivalidades; si el niño llega á considerar que cualquier compañero suyo puede aventajarle y ganar el premio que él mismo ambiciona, es improbable que le inspire benevolencia, pues, como dice Miss Edgeworth, la superioridad en el saber resulta cara, obteniéndose á costa de una malévola disposición de ánimo.

La rivalidad es un sentimiento que ha de tenerse relegado; y á los niños se les debe animar á la aplicación, más por lo que vale en sí mismo el saber adquirido que por el placer de superar á otros. Es decir, que al alumno debe moverle la ambición digna ó deseo de ade-

lantar en vez del impulso claramente antisocial de la rivalidad. Como Rousseau y otros autores lo han indicado, el maestro puede facilitar este resultado por su manera de distribuir los elogios, fundándose para ello en la comparación de lo que el discípulo ha sido y lo que es, y no comparando lo que es con lo que otro discípulo deja de ser. Además de esto, el educador debe hacer por contrarrestar la tendencia á los sentimientos hostiles en cualquiera forma de competencia, desarrollando los sentimientos sociales, y más particularmente el de condolerse de los pesares ajenos; de este modo se templará el ardor de la lucha, el deleite del triunfo se atempera con la pena por la humillación de los demás, y el sentimiento de la rivalidad se convierte en otro más generoso, cuál es el de la emulación. 58

*Deseo de la aprobación, y estimación propia.*—Vamos á tratar ahora de otro sentimiento de muy diferente tipo. El deseo de lograr aprobación es un sentimiento de alta categoría moral, que se debe estimular en vez de reprimir, al contrario de lo que sucede con los sentimientos del temor, de la cólera ó de la rivalidad.

La afición al aplauso es una forma particular del sentimiento más general de lograr buena opinión y alabanzas entre las demás personas; y su parte esencial es la satisfacción que la mente recibe cuando otra persona habla con encomio y forma buena opinión de uno. Este sentimiento es instintivo, pues puede notarse que el niño de un año ya se dirige á su madre para enseñarle algo que él ha hecho y obtener de ella una mirada y algunas palabras que expresen aprobación. Tiene sus raíces en el mismo instinto primitivo que da origen á los otros sentimientos egoístas como el de la propia conservación y el de la propia vindicación. La alabanza es la señal de que otras personas reconocen la importancia ó mérito

de uno, y nos gusta porque satisface nuestra instintiva tendencia á concedernos importancia á nosotros mismos; de modo que viene á estar estrechamente relacionado con el sentimiento de la propia complacencia y estimación. El instintivo deseo de merecer buena opinión á los demás probablemente se ha formado, ó por lo menos se ha fortalecido, por las influencias hereditarias; la experiencia de muchas generaciones sobre las ventajas materiales que se derivan de la notoriedad y buena opinión, parece producir afición hereditaria á ser notados y alabados. Por otra parte, la experiencia de cada niño propende á aumentar el instintivo deseo de la aprobación, haciéndole ver cómo su bienestar depende mucho de obtener y conservar la buena opinión entre las demás personas.

La propensión á procurar que le alaben es natural y propia del niño; pues este, así como en lo físico depende de los demás, también depende intelectual y moralmente. En la primera época de la vida los niños no pueden formar juicios independientes sobre el valor de sus acciones, y de ahí que busquen la opinión ajena para apoyarse en ella. De modo que el referido instinto viene á ser de utilidad especial en el primer período de la vida, ayudando á desarrollar la noble ambición cuando todavía el incentivo de la propia satisfacción es relativamente débil. Según Locke, la reputación es lo que propiamente guía y anima á los niños hasta que llegan á ser capaces de juzgar por sí mismos.

El deseo de ganar buena fama es un sentimiento claramente egoísta, como lo hemos visto; pero al mismo tiempo tiene su parte de sentimiento social, pues cuando el niño desea ser bien considerado por otras personas es porque les tributa cierto respeto, y entonces tiene que atender á lo que les agrada ó repugna, poniéndose así en

camino para llegar á un sentimiento mucho más elevado, que es el deseo de complacer á los demás.

Este doble aspecto del sentimiento de que tratamos se refleja en la desigual categoría de sus diversas formas. El ardiente deseo de obtener la consideración y ensalzamiento, sin fijarse en el verdadero valor de las alabanzas, es uno de los rasgos morales más desagradables y funestos; hace que el niño se envanezca de lo que no puede ser objeto de noble orgullo, como su hermosura física, ó que envidie á los que le aventajan en ganarse voluntades, ó guste de humillar á los menos afortunados que él. En su más vulgar forma, como cuando se convierte en vivo anhelo del aplauso y la gloria entre las gentes, es sin duda un poderoso estímulo que induce al esfuerzo, pero debilita el carácter moral favoreciendo el hábito de apreciar las cosas enteramente con relación á lo que otros piensan y ensalzan.

Por otra parte, la juiciosa afición á obtener buena fama, apreciando debidamente el valor de los elogios hechos por determinadas personas, es saludable y elevada. Cuando el deseo de la estimación ajena es dirigido por el afecto y la admiración, su influencia es una de las mayores fuerzas que puedan utilizarse para educar. La costumbre de procurar de continuo la aprobación de la madre ó del maestro tiene grandísimo valor moral.

Al utilizar ese motivo, el educador debe atemperar y restringir el sentimiento para impedir que se convierta en ansia ciega del mero aplauso ó renombre, debe moderarlo haciendo ver cuánto más valioso es el aplauso de algunas personas que el de otras; y también ha de cuidar mucho, al repartir las alabanzas, de evitar las ocasiones favorables á la envidia. El no reconocer la aplicación ó el mérito cuando se supone que existe, motiva uno de los mayores sufrimientos infantiles; y el ver elo-

giar á otro cuando el niño se cree merecedor de las dulzuras de la alabanza, es cosa que favorece mucho los sentimientos de la hostilidad y encono.

Finalmente, el maestro debe recordar que el fin de la educación es la confianza en sí propio y la independencia; pero aunque está bien que un niño se guíe por lo que otras personas dicen, á un adolescente ya no le conviene juzgar del valor de sí mismo siguiendo enteramente las opiniones de los demás. Observando con discernimiento cuáles son las buenas opiniones más valiosas, el niño podrá ir formando gradualmente el modelo al cual ajuste el juicio sobre su propia estimación con independencia. Algo antes que el niño haya de concluir sus estudios en la escuela, su costumbre de procurar la aprobación del maestro debe ser reemplazada por el hábito de observarse y juzgarse á sí mismo; y entonces la estimación y satisfacción propias serán motivos adecuados.

Los niños varían en gran manera con respecto á esos dos sentimientos afines, el deseo de la alabanza y la propia estimación, y algunos se manifiestan mucho más propensos que otros á fiar en el buen concepto ó elogio ajeno. Ambos extremos son malos y deben evitarse. El confiar demasiado en las opiniones ajenas tiende á producir debilidad de carácter, pues no deja lugar para el conveniente respeto propio ú orgullo digno. Por otra parte, nada parece oponerse tanto al desarrollo intelectual y moral como el exceso y la obstinación de la vanidad con respecto á las opiniones ajenas. Del niño envanecido por la exagerada opinión de su importancia bajo la perjudicial influencia ejercida por sus padres, poquísimo es lo que puede esperar el educador; y uno de los mayores servicios que presta la escuela, por ser como una sociedad ampliada, es el de corregir la vanidad alentada en la casa paterna, haciendo ver que existe un

tipo más elevado y menos parcial de reputación, y haciendo también que el niño, puesto en contacto diario con sus iguales y superiores, conozca los límites de su saber y de sus méritos propios.

Miss Edgeworth, en su excelente capítulo sobre la vanidad, el orgullo y la ambición, dice que la *vanidad* es el dejarse llevar demasiado de los juicios ajenos, y que el *noble orgullo* corresponde á las más elevadas formas de la propia complacencia. Pero estas distinciones no coinciden perfectamente. Algunas veces la vanidad pasa con mucho de la apreciación del buen concepto ajeno, y en otros casos se aproxima á una persuasión ilusoria y particular del propio valer. El noble orgullo es un sentimiento más elevado é intelectual que permite distinguir lo que es digno de lo que no lo es, y por lo tanto puede hacer frente, cuando es necesario, á las opiniones comunes é insignificantes del vulgo.

(B) *Sentimientos sociales. Amor y respeto.*—Podemos pasar ahora á considerar el grupo de emociones llamadas sentimientos sociales, que son aquellos que tienen por objeto propio las demás personas y tienden á unir á los individuos entre sí por los lazos del afecto.

El sentimiento del amor ó cariño á una persona es una emoción compleja, en la cual entran elementos de egoísmo y otros menos interesados. Fijémonos, por ejemplo, en el amor del niño hacia su madre, el cual al principio no es más que un reflejo de la satisfacción física y de las comodidades que ella le proporciona. La madre le alimenta y le protege; le colma de caricias, muchas que son gratas en sí mismas y otras que son valiosas como signos de benévola disposición. El primer amor del niño viene á ser así en gran parte un amor de conveniencia.

En lo que llamamos consideración ó estima para con

los demás hallamos una forma superior de sentimiento social; y este no se refiere al yo, sino que se funda en la consideración del objeto por lo que es en sí mismo. La verdadera estima proviene de la percepción y aprecio de las buenas cualidades, como la sabiduría, la prudencia y la bondad de carácter. Á los niños les impresiona muchísimo el superior saber y habilidad de sus padres y maestros; pero el reconocer esto propende más á excitar el frío sentimiento del temor que á favorecer el de la consideración. El tierno sentimiento del cariño no se excita sino cuando otras cualidades agradables al niño se combinan, por ejemplo, con las del carácter suave y complaciente, gracioso porte, etc. El amor del niño para con sus padres ó maestros se compone de una grata correspondencia á los favores personales y de un elemento más desinteresado de admiración por su gran superioridad.

*Simpatía.*—La parte más importante de los sentimientos sociales es la simpatía. Por su etimología (*συν*, con, y *παθος*, sentimiento) significa sentir conjuntamente, esto es, participar de las penas y alegrías de los demás. Es el más noble de los elementos del verdadero cariño, pues el amor se prueba por el deseo de complacer. Cuando existe, transforma la afición egoísta en propia felicidad, y el mero deleite de lo que nos agrada, en cariñoso interés y abnegación. Sin embargo, la simpatía no está limitada por la misma extensión de un tierno afecto, pues podemos sentir también las penas de aquellos á quienes no tengamos cariño y hasta los pesares de las personas enteramente extrañas; y en este sentido más general la simpatía es sinónima de sentimiento benévolo, bondadoso y humanitario.

En su forma primera y más simple, la simpatía es mera propensión á reflejar los sentimientos que el niño ve expresados por otras personas; y esa tendencia está

relacionada con el instinto de imitación. El niño ofrece ejemplo de esa primera forma de la simpatía cuando se deja llevar del regocijo que reina en una reunión de niños, ó cuando se siente movido por la expresión de tristeza que nota en su madre. Esto no envuelve clara conciencia del estado mental de otra persona, sino que es una especie de imitación automática; y los niños se hallan muy sujetos al dominio de ese contagio afectivo. La manera como se generaliza la alegría ó la indignación entre muchos niños reunidos ilustra los efectos de esa fuerza moral.

En su forma superior y enteramente desarrollada, la simpatía supone idea clara del dolor ó gozo de otras personas, y un sentimiento de correspondencia ó participación del placer ó del dolor; el niño que participa de la aflicción de su madre la acompaña en el sufrimiento. Esta participación consciente del padecimiento ajeno tiene como resultado activo el deseo de quitar la pena, como si el niño mismo la estuviera sufriendo; y el identificarse así prácticamente una persona con otra es lo que constituye la esencia de todo lo que llamamos bondad, benevolencia y propio sacrificio por los demás.

Generalmente la simpatía envuelve cierta suma de sufrimiento para el que la siente, pues cuando acompañamos en su sentimiento al que está triste nos entristecemos nosotros mismos, y hasta cuando participamos del gozo ajeno hay á veces un esfuerzo doloroso para evitar las insinuaciones de la envidia.\* Pero cuando á la simpatía acompañan emociones tiernas, se convierte en sentimiento placentero; causa cierto deleite el compadecer á otras personas, según lo evidencia el papel que la con-

\* Observa Richter que para participar del dolor ajeno basta con ser hombre, mientras que para participar del placer de otro se necesita ser ángel.

miseración desempeña en los dramas y en las novelas, pues los niños prefieren muchas veces los cuentos muy tristes á otros cualesquiera.

Sin embargo, la simpatía es más claramente placentera á la persona que es objeto de ella, porque las penas se alivian y los goces son mayores cuando otras personas participan de esos sentimientos. De ahí que el deseo de hallar simpatías exista á menudo en una mente egoísta del todo é incapaz de corresponder á ella. En los niños, el vivo deseo de merecer simpatía suele estar en razón inversa con su capacidad de otorgársela á los demás.

La simpatía parece fortalecer y fijar los sentimientos en la mente del que es objeto de ella; el niño que se cree agraviado confirma su sentimiento cuando otra persona le hace comprender que participa del mismo. La simpatía obra como un reflector que intensifica los rayos de la emoción. Nuestros sentimientos habituales, aficiones, gustos y antipatías se refuerzan en gran manera por la participación de otras mentes en esos sentimientos nuestros. Además, el deseo de que los sentimientos sean comunes á otras personas obra como una poderosa fuerza de asimilación; cuando varios amigos tienen muy frecuente trato, la simpatía puede producir comunidad de sentimientos é ideas. 57

*Condiciones de la simpatía.*—El simpatizar ó participar de los sentimientos ajenos no es de ningún modo una operación natural é instintiva; implica un trabajo dificultoso, cual es el de observar la expresión del sentimiento en otra persona é interpretar sus signos exteriores. Para efectuar debidamente esa operación son necesarias ciertas condiciones: 1°. Debe existir la disposición á observar los signos de los sentimientos ajenos; la mente simpática observa atentamente á las demás

personas, y la observación suele estar bajo el dominio y dirección del interés especial que las mismas inspiran. 2ª. No se puede simpatizar sin haber sentido y sin recordar nuestra propia experiencia; el participar del dolor ajeno supone que se ha comprendido su expresión, lo cual implica el recuerdo del propio pesar ó dolor sentido. 3ª. Á esa memoria de la felicidad ó desdicha personal debe unirse una imaginación simpática, ó disposición á colocarse en el lugar de otro y realizar situaciones y sentimientos que difieran en cierto respecto de lo que uno mismo haya sentido.

Por esta simple enumeración de las principales condiciones de la simpatía podemos comprender por qué los niños están comunmente tan faltos de ella, pues carecen del interés humano que les induzca á la atenta observación de los demás, y no tienen la experiencia afectiva necesaria para interpretar los signos externos del sentimiento; gran parte de las penas y alegrías de la vida del adulto son como un libro cerrado para el niño. Por otra parte, la simpatía se excluye, ó siquiera se reduce grandemente, primero por la preponderancia de los intereses egoístas y de las ocupaciones, y luego por los sentimientos antisociales. Las excitaciones de la antipatía, del triunfo, de la preocupación social, restringen la conmiseración, mientras que la envidia contiene el impulso á regocijarse por las alegrías ajenas.

El germen del sentimiento social se manifiesta en época muy temprana de la vida, pues el niño de menos de dos meses suele ya sonreirse al ver á su madre; hecho que sugiere la existencia de la sociabilidad instintiva. La reflexión imitativa de un sentimiento expresado, por ejemplo, el deprimir los ángulos de la boca cuando la madre hace como que empieza á llorar, puede notarse en el niño al principio del octavo mes de su edad, según

Darwin. Más profunda é intelectual simpatía se manifiesta al segundo año, como la lástima producida por ligeros padecimientos, tales como el hambre, el frío, etc., que son enteramente inteligibles para el niño. Los primeros objetos de la simpatía infantil suelen ser los animales con que él juega; pues le es fácil comprender las experiencias de la necesidad física y su satisfacción, que constituyen la vida animal; y de ahí en parte el encanto que tienen para los niños los cuentos referentes á animales.\* Entre los seres humanos, aquellos que están unidos al niño por los lazos del amor y de la compañía diaria son naturalmente los que primero obtienen su simpatía; pues la que se refiere á los extraños no se desarrolla hasta más tarde, y el círculo de la simpatía se extiende desde la casa paterna, que viene á ser como su centro. El desarrollo de la simpatía es proporcional á los conocimientos adquiridos y la fuerza imaginativa del niño; por eso la cultura ensancha el campo de la simpatía, mientras que, recíprocamente, el interés humano que nace de ella mueve en gran manera á estudiar la vida y experiencia humana según se desenvuelve en las biografías, en la historia, etc.

*Usos de la simpatía.*—La fuerza de la simpatía figura justamente entre los más preciados agentes de la educación, pues en realidad es necesaria como auxiliar para el desarrollo intelectual, y todavía más como medio de desarrollo moral.

La simpatía puede servir de gran incentivo ó estímulo al estudio. Lo que primero se necesita para esto es que se establezca una relación de simpatía entre el maestro y los discípulos, para lo cual debe adelantarse el profesor manifestando simpatía hacia los niños; él pue-

\* He conocido á un niño de veintinueve meses que prorrumpió en llanto al ver sacar de un estanque un perro ahogado.

de penetrar las experiencias infantiles, pero no puede esperar todavía que el niño le comprenda sus sentimientos. Esto de atraerse el afecto manifestando afecto resulta difícil, porque los niños no tienen la inteligencia necesaria para apreciar debidamente lo que por ellos hacen las personas que los tienen á su cargo, y propenden á ver en las restricciones que impone la disciplina otros tantos indicios de malevolencia. Bien dice Miss Edgeworth al afirmar que "la gratitud es una de las recompensas más seguras, pero más tardías, que los padres y preceptores deben esperar de sus educandos." Es evidente que el maestro tiene á su disposición menos recursos que los padres para procurarse el afecto de los niños, pero, sin embargo, mucho puede hacer para ganárselo. El niño tiene sus disgustos y sufrimientos en la escuela, pues el estudio no es siempre agradable, especialmente en los principios; y ahí es donde el maestro halla oportunidad que aprovechar, porque cuanto más intime entonces con el discípulo, manifestando que aprecia bondadosamente sus esfuerzos por dominar las dificultades especiales que se le presentan, mayor será la gratitud infantil que logre inspirar. La severidad del que enseña con sujeción á disciplina puede muy bien mitigarse en ciertas ocasiones por la participación activa en los trabajos de los niños.

De esa manera el profesor, mostrándosele al niño como amigo, puede con el tiempo ganarse la simpatía y la consideración del alumno; y el lograr este resultado es de la mayor importancia para el éxito de la instrucción. El deseo de agradar y obtener aprobación es uno de los mejores estímulos al trabajo intelectual; el niño que tenga verdadero afecto á su maestro irá participando gradualmente de su espíritu y de su entusiasmo, en parte por absorción ó imitación inconsciente, y en parte

por activo deseo de comprender los sentimientos de una persona querida y participar de ellos. He conocido niños que se han dedicado mucho á estudiar lo que más bien les disgustaba, por la influencia de un vivo afecto á sus maestros.

Tan importante como ese influjo de la simpatía entre el maestro y el discípulo es el de la simpatía de los alumnos entre sí. El niño puesto entre los de una clase donde impera el interés por aprender llegará, por efecto del contagio, á participar un tanto del mismo sentimiento y deseo, pues el ejemplo de los condiscípulos despejados y estudiosos constituye un fuerte estímulo para el niño. Esto forma parte importante de lo que influye la colectividad en la educación, pues cuando las relaciones entre los alumnos se hacen más íntimas y originan el afecto mutuo, se proporciona una nueva y valiosa fuerza que obra en favor de la diligencia intelectual. Muchos niños se han avivado de inteligencia por el influjo del contacto simpático con otras mentes más desarrolladas y poderosas.

Al propio tiempo que la simpatía es valioso auxilio para el adiestramiento intelectual, es un elemento más importante aun para la educación moral. El amor á los padres ó maestros proporciona la más sólida garantía para no obrar mal, pues para un niño cariñoso es un gran sufrimiento el herir íntimamente los sentimientos de la persona á quien él tiene amor. La influencia de un elevado carácter moral obra excitando el deseo de obtener simpatía; el niño procura ser como la persona por quien siente cariño y reverencia, y la imita porque desea unificar su ser moral con el de esa persona. Á más de esto, y según veremos luégo, la simpatía hacia los demás forma generalmente un elemento importante de la buena disposición moral. El fomentar las simpatías de los

niños y abatir así los sentimientos egoístas y antisociales es parte principal de su educación.

Requiere particular cuidado el trabajo de fomentar las simpatías. La casa paterna ofrece más campo que la escuela para la manifestación de la simpatía por medio de actos de bondad y de recíproco auxilio. Los padres deben precaverse contra la costumbre de manifestar ciertos sentimientos humanitarios sin mostrar proporcionada disposición á remediar los males ajenos. De ahí que el sentimiento de la conmiseración no se deba excitar al principio como elemento total ó principal por medio de cuentos ó historias que conmuevan, sino más bien en presencia de ejemplos de padecimientos que ofrezcan ocasión para actos benéficos. Es muy fácil el estimular las manifestaciones externas de sentimientos bondadosos sin verdadero espíritu benéfico, y el educador debe reprimir y no favorecer lo que pudiera llamarse llanto teatral en los niños.

Los sentimientos benéficos y el de la humanidad, que es su más noble derivación, deben cultivarse en relación con aquellos estudios que se refieren á la vida humana y sus productos, especialmente con la historia y la literatura. En esto el educador ha de tener por mira el ensanchar el campo de la simpatía, proporcionar más completa percepción íntima de las varias experiencias de la humanidad, y ejercitar la mente joven en la realización constructiva de las menos familiares é inteligibles formas del dolor y del gozo humano. 60

## CAPÍTULO XVIII

### SENTIMIENTOS SUPERIORES

El presente capítulo tratará del tercero y más elevado orden de los afectos, ó sea de los sentimientos abstractos, cuyo desarrollo pertenece al período de la adolescencia, juventud, etc., pero cuyos gérmenes aparecen en la niñez, siendo parte importante de la educación el desenvolverlos y darles consistencia.

*Sentimiento intelectual.*—El primero de esos sentimientos es de especial interés para el educador, por lo que se refiere á la cultura de la inteligencia, y se llama sentimiento intelectual. Este incluye varios sentimientos que se desarrollan y unen con la obtención de conocimientos de diferentes clases. Comunmente se distinguen con los nombres de goces del saber, y cuando se desarrollan hasta tomar permanente forma de afecto constituyen el amor de la verdad. En su relación con la voluntad como estímulo ó incentivo para la acción, se conocen con el nombre de curiosidad ó deseo de saber.

*Sentimiento de ignorancia y de admiración.*—Por lo general se dice que el deseo de saber empieza por un sentimiento de ignorancia ó de perplejidad en presencia de lo desconocido, y este sentimiento es doloroso. El niño que nota, por ejemplo, al oír hablar á otras personas, que hay cosas de las cuales él no sabe nada ó sabe muy poco, por el momento siente malestar y disgusto.